

## 0. INTRODUCCION

El propósito de esta charla es dar una visión sucinta -y por lo tanto, bastante general, apenas un esbozo- de algunos problemas que surgen cuando se trata de comprender la identidad de la lengua española en América.

Pensamos que este tema es oportuno en momentos en que se celebra el mes de la Hispanidad. El concepto de 'hispanidad' nos recuerda precisamente las relaciones de cultura y lengua entre España y los pueblos que por filiación histórica se sienten ligados a ese país. La actualización de estos vínculos lingüísticos es, pues, una forma de conmemoración.

## 1. LA LENGUA COMO DIASISTEMA

La lingüística moderna concibe una lengua como un sistema de comunicación y, al darle categoría de sistema, está entendiendo que sus elementos constituyentes tienen sentido en cuanto se oponen y complementan unos con otros. Sin embargo, algunos investigadores piensan que la lengua, más que un sistema, es una suma de sistemas parciales no muy diferenciados e interrelacionados entre sí; es lo que llaman un diasistema.

En el diasistema lingüístico se pueden distinguir varias direcciones en que ocurre la variación lingüística. En un plano de abstracción metodológica se distinguen, al menos, cuatro ejes para deslindar las direcciones en que ocurre tal variación.

a) La lengua experimenta modificaciones a través del tiempo, lo cual no es ninguna novedad, sino algo inherente a toda lengua como fenómeno social y producto histórico. No es igual, por ejemplo, el español que se hablaba en la época medieval y el español del Siglo de Oro y no es igual al español de esos períodos que el usado actualmente, aunque se trata de una misma lengua. Esta dimensión en que ocurre la variación lingüística se denomina técnicamente eje diacrónico (o histórico).

---

\* Texto de la conferencia ofrecida el 9 de octubre de 1980, en Valdivia, con motivo del mes de la Hispanidad.

b) Pero, si se observan los fenómenos de una lengua en un momento determinado de su historia -digamos, por ejemplo, español actual- se comprueba que la lengua presenta variaciones también a través del espacio geográfico o territorial que ocupa. Así, no es exactamente idéntico el español que se habla en Chile y el que se habla en México u otros países, a pesar de ser el mismo idioma. Esta dirección en que se pueden observar diferencias se llama eje diatópico (o geográfico).

c) Existen también variantes lingüísticas derivadas de los diversos niveles socioculturales de los hablantes. Es habitual que la forma en que se expresa una persona sin educación difiere del hablar de una persona cultivada, aunque ambas personas pertenezcan a la misma localidad y hagan uso de la misma lengua. Esta dirección en que también es observable la variación lingüística se llama técnicamente eje diastrático.

d) A estos tres aspectos de la variación lingüística, hay que agregar un cuarto: el eje diafásico, que comprende las diferencias lingüísticas motivadas o exigidas por las diferentes situaciones comunicativas. Un mismo hablante puede cambiar de registro expresivo: puede adoptar una actitud formal o informal, según el nivel del interlocutor o según la situación externa. Hay formas lingüísticas que sólo usamos en situaciones de mucha confianza -entre amigos o en el círculo familiar-; ante otras situaciones más formales tenemos que cambiar de registro.

## 2. LOS NIVELES LINGUISTICOS

Para determinar el grado de cohesión de una lengua, tanto como para determinar el grado de diversificación o variación de la misma, se acostumbra deslindar varios niveles lingüísticos: el fónico (que engloba fonología y fonética, según se trate de las unidades fónicas distintivas de la lengua -los fonemas- o de las múltiples realizaciones de esas unidades en el hablar concreto); el morfosintáctico (o de las reglas gramaticales); y el léxico (o nivel del vocabulario). Estos dos últimos niveles -morfosintáctico y léxico- están sustentados, a la vez, en el nivel semántico o del significado, sin duda el más complejo de todos.

Desde el punto de vista de la estructura de la lengua, estos niveles no tienen la misma consistencia. Las unidades fonológicas y las estructuras morfosintácticas tienden a permanecer más estables. Los lingüistas parecen coincidir en que el léxico es el aspecto más abierto y variable: se enriquece o

se empobrece constantemente. Por su mayor inestabilidad y variedad, el vocabulario puede hacer creer fácilmente que las diferencias entre diversas modalidades del español son insalvables. Pero existe también un fondo léxico común y general que garantiza la comprensión entre hispanohablantes de diversas regiones o de diversa condición sociocultural, aunque garantizar la comprensión no significa que esto se cumpla siempre de modo cabal.

Sobre la base de estos planteamientos iniciales procuraremos examinar someramente algunos fenómenos del español en América, principalmente en la perspectiva de la variación diatópica o geográfica, acudiendo, en algunos casos, a lo histórico. Y procuraremos entenderlos a la luz de los aportes de la dialectología hispanoamericana.

### 3. SISTEMA FONOLÓGICO

Vocalismo. Hasta donde se conoce, el inventario vocálico parece no sufrir modificaciones sistemáticas en el español hablado en nuestro continente. Sin embargo, se suele citar una excepción: se trata del español de algunas regiones antillanas, en las cuales la pérdida de la s final de palabra ocasiona una compensación fonológica en la abertura de la vocal precedente, para mantener la distinción entre las formas de singular y plural. En casos como lago/lago; calle/calle, la presencia de vocales medias /o/ /e/ diferenciadas por su timbre cerrado o abierto incide en la conformación de un sistema vocálico más complejo que el del español estándar.

Consonantismo. El sistema consonántico que cubre la mayor parte del territorio consta de 17 unidades fonemáticas. Si se compara este sistema con el de la zona peninsular castellana, la diferencia radica únicamente en que el español hablado en América carece de dos fonemas en su inventario: el interdental fricativo sodo /θ/ y el palatal lateral sonoro /l/ (en términos gráficos z y ll). El primero lo igualamos con el fonema sibilante /s/ y el segundo con el palatal central /y/. Allí donde un hablante de Castilla distingue entre caza y casa o entre maza y masa nosotros no hacemos tal distinción, así como tampoco la hacemos entre rallar y rayar o entre se calló (de callar) y se cayó (de caer). Por eso se dice, en términos generales, que el español americano, tiene seseo y yeísmo (fenómenos que comparte con las hablas meridionales de España).

En las zonas, comparativamente minoritarias, en que se conserva la distinción de los fonemas palatales /y/ y /l/, el in

ventario de fonemas consonánticos aumenta a 18 unidades. Delos L. Canfield señala la siguiente geografía de este sistema: interior de Colombia, sierra de Perú, gran parte de Bolivia, el noroeste argentino. También incluye el norte y sur de Chile (1), lo cual no pasa de ser una generalización engañosa. Los estudios de Oroz sobre el español de Chile revelan que aun en las zonas tradicionalmente consideradas como distinguidoras de los fonemas palatales y /j/ -Los Angeles y Chillán entre otros puntos- la imposición del yeísmo es lo general, como en el resto del país (2).

#### 4. FENOMENOS FONETICOS

Los fenómenos fonéticos no afectan al inventario de fonemas de una lengua; son sólo variantes fónicas que tales unidades experimentan en el habla -y según su situación en la palabra-, pero sin perder su esencial identidad. Así, el hablante de la zona peninsular castellana articula una s áptico-alveolar, mientras que la que nosotros articulamos es predorsal. A pesar de esta diferencia articulatoria, ambas s conservan algunos rasgos que permiten identificarlas como un solo fonema /s/.

Muchos de los fenómenos fonéticos que los primeros estudiosos del español hablado en América consideraban exclusivos de ciertas regiones se sabe en la actualidad que tienen una difusión geográfica mayor. Recordemos uno de esos fenómenos: la aspiración de la s en situación implosiva (final de sílaba o palabra). Rodolfo Lenz, a fines del siglo pasado, creía que este fenómeno era exclusivo del español de Chile y lo atribuía a influencia araucana. Hoy día es un rasgo fonético documentado en amplias zonas de Hispanoamérica, e incluso dentro de España (principalmente en Andalucía e Islas Canarias). Lenz no sólo se equivocó en la interpretación de este fenómeno, sino en varios más, tanto que llegó a sentar la tesis relativa a que "el español de Chile es, principalmente, español con sonidos araucanos" (3). Varios años más tarde, desde Buenos Aires, Amado Alonso se encargó de rebatir -con argumentos convincentes- esta "teoría indigenista" de Rodolfo Lenz.

La fonética del español hablado en América es bastante compleja y presenta desarrollos variados según las regiones y según el status de las personas, ¿pero cuáles son aquellos fenómenos más generales que pueden mostrar unas características más constantes? Algunos dialectólogos, entre los que cabe mencionar al ya citado Canfield y Angel Rosenblat (profesor de la Universidad de Caracas), hacen una distinción bastante ilustrativa, aunque también bastante generalizadora y, por lo mismo, sujeta a precisiones. Distinguen:

- a) Regiones de vocalismo fuerte y de débil consonantismo.
- b) Regiones de vocalismo débil y de fuerte consonantismo.

Rosenblat, recurriendo a una afirmación graciosa, dice: "Yo las distingo, de manera caricaturesca, por el régimen alimenticio: las tierras altas se comen las vocales, las tierras bajas se comen las consonantes" (4).

El débil vocalismo ha sido observado y descrito como un fenómeno característico del español de México. Es lo que algunos autores han llamado el fenómeno de las "vocales caducas" o "caedizas", presente en casos como caf'sito, pas'sté, exp'rimen to. Lope Blanch dice que allí es frecuente, pero no sistemático y que afecta especialmente las vocales átonas.

Por otra parte, el fenómeno se ha observado también en Quito: sí p's, no p's; en La Paz: Pot'sí (Potosí); en Bogotá: muchís'mas gracias.

En las mismas zonas se ha observado una articulación más tensa de la s implosiva y la tendencia a reforzar la articulación de la d intervocálica.

En cambio, en las costas mexicanas, las Antillas, la mayor parte de Centroamérica, costas y llanos de Colombia y Venezuela, costas de Ecuador y norte del Perú, el litoral argentino, Uruguay, Paraguay y Chile, la tendencia más general observada es -salvo en el habla muy esmerada- la relajación del consonantismo, especialmente de la s implosiva, que se aspira o se pierde -loh ombre, lo fóforo, lah ocho, pehcao- y de la d en situación intervocálica: no ha vení'o o no ha venío.

El debilitamiento de la consonante velar fricativa sorda [x] (j) es otro fenómeno bastante generalizado y, en la zona antillana y costas de Centroamérica especialmente, tiende también a la aspiración, como en trabaho, trahe, caha, ohoh, muher.

En esa misma área se ha observado que es frecuente la con fusión de las consonantes líquidas r/l en situación implosiva: calta, puelta, borsa, durse.

Varios autores han tratado de dar una explicación fundada a esta distribución fonética que, aunque marcadamente esquemática y simplificadora, sirve para una caracterización global del español hablado en América. Las interpretaciones pueden resumirse en dos corrientes: la tesis andalucista y, su contraria, la antiandalucista.

Para esta segunda postura, defendida especialmente por el dominicano Pedro Henríquez Ureña, la semejanza entre el español

andaluz y el de ciertas regiones de América -el de las tierras bajas- es nada más que el resultado de un desarrollo paralelo. Para los andalucistas, en cambio, entre los que se cuentan Max L. Wagner, R. Menéndez Pidal y R. Lapesa, tales semejanzas se deberían a razones histórico-lingüísticas y demográficas. En lo esencial, coinciden en señalar que, entre los primeros colonizadores de América, hubo predominio de la población andaluza, frente a los núcleos procedentes de otras regiones de España, supremacía comprobada hace unas dos décadas por el norteamericano Peter Boyd Bowman en su Índice geobiográfico de 40.000 pobladores españoles de América en el siglo XVI. Por otra parte, la documentación lingüística -aducida principalmente por Lapesa- indica que los fenómenos fonéticos señalados para el caso de las tierras bajas son tempranos en América, pero más tempranos todavía en Andalucía. Todos ellos apuntaban como tendencias singulares ya en la Andalucía del siglo XVI.

Pero como el andalucismo de la fonética se ha observado en las tierras bajas y especialmente en las zonas de mayor contacto colonial con Sevilla y Cádiz, puertos andaluces que monopolizaron por mucho tiempo el traslado de colonizadores, el mismo Menéndez Pidal hablaba de la proyección en América de dos núcleos importantes de pobladores y, con ello, la proyección de dos normas lingüísticas, la castellana y la andaluza, plantea -mientras que reformula Lapesa cuando dice que "los castellanos se instalarían en las tierras altas, mientras que los andaluces preferirían las llanuras y el litoral, buscando unos y otros el clima más afín al de las regiones españolas de donde procedían" (5).

La proyección de la norma castellana, más conservadora y cortesana, en zonas del interior o de meseta, encontraría refuerzo en la mayor actividad cultural emanada desde las sedes virreinales de México y Perú, durante el período colonial.

Naturalmente, esta distribución de la fonética del español hablado en América y la interpretación histórica aquí comentada resultan extremadamente esquemáticas y no cubren los matices observables en áreas geográficas menores. Como dice Bertil Malmberg: "Cada región hispanoamericana tiene, por supuesto, su idiosincracia y su historia" (6). Y también sus peculiaridades lingüísticas.

De modo, pues, que -fuera de la proyección castellana- lo andaluz o meridional hispánico es sólo uno de los diversos elementos que entraron en el desarrollo del español en América. Actualmente se siguen estudiando posibles influencias de inmigrantes no hispánicos (en áreas menores) así como posibles in

fluencias de la fonética indígena en aquellas áreas de mayor contacto con lenguas amerindias, y en los casos de México y Paraguay los estudios de la fonética del español han suscitado no escasas polémicas sobre el probable influjo de hábitos articulatorios indígenas, similares a las polémicas suscitadas en Chile en los tiempos de Lenz.

##### 5. NIVEL MORFOSINTACTICO (o gramatical)

En este nivel se ha señalado también una gran variedad de fenómenos. Pero muchos de ellos necesitan ser precisados por la investigación.

De un modo más o menos impresionista se suele citar, por ejemplo, la preferencia hispanoamericana por las formas verbales de pretérito indefinido en contextos en que se esperaríamos el perfecto: cantó frente a ha cantado; el uso de las perífrasis de futuro, del tipo voy a cantar, vamos a ver, frente al futuro simple cantaré, veremos; o la preferencia por las formas de subjuntivo en -ara, -era, (cantara, dijera), frente a las en -ase, -ese (cantase, dijese); etc.

Mayor base parece tener la afirmación de quienes sostienen que el español en América conserva la antigua forma de acusativo lo como distinta de la forma del dativo le; mientras en España, especialmente en la zona castellana, se generalizó el uso de le para ambas funciones, fenómeno que ya aparece en la literatura del Siglo de Oro y que se conoce con el nombre de leísmo, en América ha tenido más arraigo la primitiva distinción funcional de estas formas pronominales.

Fenómeno más estudiado en Hispanoamérica es la pérdida del pronombre de 2a. persona de plural y de las formas verbales correspondientes. Usamos ustedes + una forma verbal de 3a. persona de plural (ustedes cantan, por ejemplo) donde un español peninsular emplea la forma vosotros + la forma verbal concordante (vosotros cantáis). Pero un español del sur, un andaluz, aquí también se aparta de la norma castellana y su norma coincide nuevamente con la hispanoamericana.

En la América hispana sólo en situaciones muy formales -como el discurso o el sermón- tiene relativa vigencia el uso de vosotros; pero, incluso en estas situaciones, tal uso parece afectado.

Otro rasgo importante, y bastante estudiado, afecta el pronombre de 2a. persona de singular y a las formas verbales que lo acompañan. Se trata del fenómeno llamado voseo. Pero

el uso del vos hay que ponerlo en relación con el de tú y usted. Mientras que tú y vos son formas que se remontan a los orígenes de la lengua, la forma usted es tardía y proviene del tratamiento surgido en el Siglo de Oro vuestra merced. Todavía a comienzos del s. XVI, vos era en España una forma digna, respetuosa. Tú estaba reservado para el tratamiento a inferiores -o para el tratamiento entre iguales-. Con el tiempo, la forma vos se fue degradando, desplazado por vuestra merced, al tiempo que recuperaba terreno tú en el habla coloquial. Ahora bien, mientras en España la forma vos cayó en desuso, en América se ha conservado como posibilidad de tratamiento, pero con distinta suerte según las regiones.

En relación con este problema, algunos autores distinguen en América tres zonas:

- La primera, que ha eliminado el vos y ha conservado el tú (como en España), comprende México, la mayor parte del Perú y las Antillas. Esta es precisamente la zona que tuvo mayor contacto colonial con la Península.

- La segunda zona, en que predomina el voseo sobre el tuteo, abarca Argentina, Uruguay, Paraguay y América Central.

- Y la tercera, en que hay alternancia de voseo y tuteo, englobaría los demás países (7).

Esto es de manera general y esquemática. En las regiones donde alternan tú y vos, la elección de una de las dos formas suele estar marcada socioculturalmente o determinada por la situación. Por ejemplo, en la región ultraserrana del Uruguay la forma prestigiada es vos; la forma estigmatizada es tú, según los estudios de José P. Rona.

Al referirse al voseo, dice Bertil Malmberg: "En ninguna otra área cultural hispanohablante ha arraigado tanto este sistema como en la república del Plata, donde se ha convertido en el sello de la nacionalidad: uno que diga tú no puede ser nativo" (8).

Sería demasiado complejo referirse a los usos verbales exigidos por el empleo de esta forma de tratamiento. Basta con señalar aquí que usos como andá, vení, salí (vos), creés o te acordás se han generado de formas de 2a. persona de plural; su peculiaridad reside en que se usan para la 2a. persona de singular. Estas formas anotadas son de un argentino, pero algo similar se puede decir de formas como ¿Qué contái? o ¿Cómo estái?, que podemos oír hasta en el habla de nuestros estudiantes uni -

versitarios.

Los narradores argentinos a menudo incorporan el voseo y las formas verbales exigidas por él en el habla de sus personajes. Veamos dos pasajes textuales: uno, de la novela regionalista Don Segundo Sombra (de R. Güiraldes); otro, extraído de un relato más reciente, de la época del "boom" (Circe, de J. Cortázar):

1. " - ¿Cómo te va, Ufemio?
- ¿Quién sos vos? - interrogó mi padrino, con un tono que me hizo comprender que no ignoraba la filiación del borracho.
  - ¿Ya no conocés a tuh'ermanos?
  - Debe ser por los muy muchos que tengo en las pulperías.
  - ¿Y me has de negar que soh' Ufemio Díaz?
  - ¿Días?... y algunos meses - consintió mi padrino?

(p. 92).

2. " - Vos no la conocés a Delia. Los anónimos se los pasa ... quiero decir que no le hacen mella. Es más dura de lo que te pensás.
- Pero mire que está como sobresaltada, que algo la trabaja -atinó a decir indefenso Mario.
  - No es por eso, sabés. - Bebía su cerveza como para que le tapara la voz. - Antes fue igual, yo la conozco bien.
  - ¿Antes de qué?
  - Antes que se le murieran, zonzo. Pagá que estoy apurado"

(p. 111 de Bestiario).

Aparte de otros fenómenos morfosintácticos que aparecen en este segundo texto, tales como la reiteración del C.D. (vos no la conocés a Delia) y el uso del verbo ser con forma refleja (te pensás), todas las formas verbales exigidas por el voseo para dirigirse a un interlocutor singular proceden de formas de 2a. persona de plural.

En Chile, el uso del vos está más restringido, pero la tendencia a emplear formas verbales procedentes de 2a. persona de plural para un destinatario singular se puede observar frecuentemente en el habla informal.

También los narradores chilenos cuando quieren caracterizar el habla -principalmente de personajes degradados- reflejan esta tendencia. Transcribamos un pasaje de El lugar sin límites, de José Donoso:

" Don Alejo se está riendo de ella.

- Si ya estái vieja, que vai a poder...

- Bah, más sabe el diablo por viejo que...

- ¡Pero la Manuela! No, no, te apuesto que no.

- Bueno. Yo le apuesto a que sí.

Don Alejo cortó su risa.

- Ya está. Ya que te creís tan macanuda te hago la apuesta".

(p. 82).

No es difícil comprobar que tales formas verbales -estái, vai, creís, -proviene de estáis, vais, creéis, que históricamente han dejado de cumplir su función de 2a. persona de plural por la ausencia del pronombre vosotros. Se puede comprobar también que el cambio de creéis a creís se ha producido por influencia analógica de las formas en -ís, de la 3a. conjugación, sobre las formas en -éis, de la 2a. Todo un desplazamiento funcional en las formas paradigmáticas del verbo.

## 6. VARIEDAD LEXICA

Es en el nivel del vocabulario donde se pueden observar las mayores divergencias con respecto al español peninsular y las mayores divergencias también de una región a otra.

Algunos autores señalan como característica general del español hablado en América la presencia del arcaísmo léxico, vale decir, la mantención de una serie de términos que en la Península han caído en desuso. Zamora Vicente de una larga lista de ellos, como pollera 'falda de las mujeres', frazada 'manta', cuero 'piel', fundo 'finca rústica', lindo 'bonito', liviano 'ligero', etc. (9). Pero esta caracterización no pasa de

ser parcial y unilateral, pues -entre otras cosas- no toma en cuenta la fuerza creadora o innovadora, de la cual no puede estar exento el español de América. Diversos estudios de dialectología y de geografía lingüística revelan, por el contrario, una gran vitalidad en la creación de nuevas palabras sobre la base de los recursos que la propia lengua ofrece, así como también una gran vitalidad de los recursos expresivos para dotar de nuevos significados numerosas palabras del fondo léxico tradicional. Naturalmente, esto es más fecundo en el habla popular o familiar, que -como dice Rosenblat- "tiene sus propios fueros. No puede ser incolora, inodora, e insípida" (10).

Rosenblat nos ofrece -en tono humorístico- la visión de un turista español que recorre diversas ciudades latinoamericanas y que -en su recorrido superficial- encuentra bastantes sorpresas lingüísticas. Por ejemplo, en Ciudad de México, nada más enigmático que un cartel: "Prohibido a los materialistas estacionar en lo absoluto" (los materialistas, a los que se prohíbe de manera tan absoluta estacionar allí, son en este caso los camiones, o sus conductores, que acarrean materiales de construcción).

Cuando unos amigos caraqueños lo invitan a la comida, se presenta a la una de la tarde, y yerra, porque han querido decirle a las ocho de la noche, ya que en Venezuela la comida es la 'cena' (como en otros países sudamericanos). Cuando el chofer que lo conduce en taxi exclama que se le reventó una tripa, sólo la situación le ayuda a comprender que la tripa reventada es la goma o el neumático del carro.

En Bogotá pide un tinto y le dan, no el esperado vaso de vino, sino un café negro. Y sólo después comprende que la pregunta tan familiar entre los bogotanos "¿Le provoca un tinto?" equivale a la hispánica "¿Le apetece un café?".

En Buenos Aires -entre múltiples sorpresas idiomáticas- aprende a decir agarrar el tranvía y debe reservar la palabra coger para su vuelta a España, porque coger en Buenos Aires es una palabra reservada al campo del erotismo y, por lo tanto, tabú para otras situaciones.

El turista no visita ninguna ciudad chilena, pero si hubiera hecho una ligera incursión se habría sorprendido de encontrar tantos gallos..., gallos que se casan con cabras y que tienen cabros chicos, y también cabros grandes, cabros que van a fiestas caballas, donde habitualmente se toca música a mata-

caballo o a todo chanchó; también habría observado que los gansos son tan frecuentes como los pavos y que los borrachitos se pegan terribles monas, a riesgo de quedar totalmente patos.

Pero la visión del turista es superficial y a menudo puede incurrir en generalizaciones. Porque este léxico tan expresivo y metafórico no es constante. Lo frecuente es que un mismo hablante disponga de varios registros: formas objetivas y formas expresivas que empleará según la situación comunicativa.

Más revelador resulta el léxico generado por las diferentes circunstancias vitales de países o regiones hispanoamericanas. El léxico se empobrece o se enriquece y se organiza de modo distinto según la visión de la realidad de los hablantes. Abundantísimo es, por ejemplo, el léxico del machismo o de la muerte en México (estudiado por J.M. Lope Blanch), el léxico generado en torno a la cultura del maíz en los países en que este producto ha sido el principal sustento popular, o el léxico relativo a la ganadería en la Pampa argentina. Ya señalaba Amado Alonso que el gaucho argentino organiza la realidad vegetal sólo a través de cuatro términos: pasto, paja, cardo y yuyo; pero que, por su vinculación cotidiana y afectiva con el caballo, medio de locomoción, amigo y confidente del gaucho, éste ha llegado a conformar un rico y variado repertorio léxico, de alrededor de docientas palabras, únicamente para distinguir las calidades de caballos según el color del pelaje.

bayo, overo, alazán, zaino, tordillo, moro, roano, cebruno, plateado doradillo, lobuno, entrepelado, negro, blanco, rosillo, sabino, rabicano, nevado, mosqueado, atigrado, tiznado, crespo...  
gateado, lunarejo, picazo, gargantilla, testerilla, choreado, blanco porcelana, gateado goma, huevo de pato, malacara, malacara cruzado, etc., etc. (11).

Asimismo, J.J. Montes y M.L. Rodríguez cuando analizan materiales recogidos para el ALEC (Atlas lingüístico - etnográfico de Colombia) descubren que en las zonas rurales colombianas se utilizan alrededor de quinientas voces para hacer referencia a las calidades de maíz y a todas las actividades relacionadas con su cultivo, recolección y consumo. De esas palabras, 377 son tradicionales españolas o formadas con elementos españoles:

barba - barbiar, cáscara - casarón, filote - filotiar (empezar a salir la mazorca), cuchara - encucharar (fd.), etc. (12).

Estos repertorios léxicos no surgen por capricho de los hablantes o por afanes meramente expresivos, sino que surgen co

mo instrumentos categorizadores de la realidad. Gracias a los nombres se identifican y diferencian los objetos.

Además de las adaptaciones que ha sufrido parte del vocabulario tradicional y de las innovaciones o creaciones mediante las posibilidades lexicogénicas que el propio sistema de la lengua ofrece, novedades que suelen diferir de un país a otro o de una región a otra, según las preferencias y maneras de vincularse con la realidad inmediata, el léxico español se ha incrementado en suelo americano con elementos de otras lenguas, por razones de contactos histórico-culturales. Seguramente se han difundido desde el portugués de Brasil las palabras banana y anánas, nombres del 'plátano' y de la 'piña' respectivamente, que se han aclimatado -por así decirlo- en algunos países sudamericanos de habla española, Argentina, por ejemplo. Y hablando del país vecino, en particular su capital -Buenos Aires- ha sido y es un importante centro receptor e irradiador de modalidades lingüísticas. Su alta proporción de inmigrantes italianos ha dejado muchas huellas léxicas (como pibe, batifondo, biaba). Algunos de esos elementos léxicos se han difundido por los países vecinos. La forma ciao, transformada en chao y hasta en chaíto nos es bastante familiar. Otra palabra -muy en boga entre nuestra juventud-, chamullo (que ha generado los derivados chamullar y chamullento), también procede de Buenos Aires, pero esta vez, de esa modalidad lingüística de los suburbios porteños que recibe el nombre de lunfardo.

Por razones de contactos histórico-culturales se explica también la difusión en América de varias palabras tomadas como préstamos del inglés. Mucho se ha hablado en los últimos tiempos sobre la penetración de anglicismos. Pero la influencia anglicista no es un fenómeno particular del español hablado en América, sino del español general. Y tanta preocupación por ello existe aquí como en la Península.

Pero, por sobre los criterios puristas, los hablantes mismos -según su competencia y según las necesidades sociales- disponen de mecanismos para consagrar algunos elementos extranjeros y para rechazar otros. En el siglo XVIII se alzó una fuerte corriente en España contra los galicismos, no obstante algunas palabras francesas se incorporaron definitivamente en el español, tanto que hay voces de ese origen -como pantalón, chaqueta, modista, coqueta; hotel, chalet, sofá- las sentimos como palabras patrimoniales.

En la actualidad se pueden observar diversos grados de integración de los anglicismos, más frecuentes en los deportes (mo

to-cross, baby-fútbol, tenis, golf, etc.) y en otros ámbitos de la vida urbana, en especial (super-market, night-club, show, best-seller, etc.).

Se ha observado que el español peninsular es más reacio a imitar la fonética de la palabra extranjera y que se rige más por su forma escrita; en cambio, el hablante hispanoamericano se atiene más a la forma oral; pero, por esa razón, incurre también en frecuentes modificaciones fonéticas del anglicismo y genera muchas variantes de una misma palabra; bife, bistec, bisteque o bistoco; sandwich, sánquche, sámbuche, etc.

Uno de los recursos de que disponen los hablantes -según su competencia- es la traducción más o menos literal de las formas que componen la palabra extranjera, que aunque no deja de ser también una forma de influencia, tiene la ventaja de aprovechar las propias palabras de su lengua materna para denominar nuevos conceptos. Así se han creado numerosas expresiones que evitan la incorporación integral de las palabras extranjeras. Frente a casos como soda fountain, tonic water, flying saucers, windscreenwiper, animated cartoons, science-fiction, empleamos las formas calcadas fuelle de soda, agua tónica, platillos voladores, limpiaparabrisas, dibujos animados, ciencia-ficción (13).

En otros casos, los hablantes disponen de formas alternantes (préstamo y palabra hispánica): básquetbol y baloncesto; fútbol y bolompié (menos usual); tiro de corner y tiro de esquina; lineman y guardalíneas; ring y cuadrilátero; primer round y primer asalto, etc.

Más significativo para una caracterización del español hablado en América es el aporte léxico de las lenguas indígenas, aporte que también varía en cuanto a su generalidad extensiva o geográfica y al grado de integración que alcanzan. Es en gran medida tarea de la lingüística geográfica actual precisar la distribución espacial de los fenómenos lingüísticos y, entre éstos, la difusión y los diversos grados de integración de los indigenismos en el español hablado en diversas regiones, así como es tarea de la lingüística indígena el logro de un conocimiento más amplio y más cabal de las lenguas nativas actuales.

En este esquema que estamos presentando nos referiremos sólo a algunos indigenismos más conocidos por su temprana difusión.

Se ha llegado a indicar que en tiempos de la Conquista las lenguas pre-hispánicas abarcaban unas 170 familias, cada una integrada por varias lenguas y dialectos. De ellas, según

Tomás Buesa Oliver, las que históricamente han proporcionado más préstamos al español son las siguientes:

El taíno o arahuaco de las Antillas Mayores, lengua extinguida poco después de la Conquista.

El caribe de las Antillas Menores y parte de Guayanas y Venezuela (cumanagoto).

El náhuatl, la lengua de los antiguos aztecas, relacionada con el maya de Yucatán.

El chibcha, todavía con vitalidad en algunas zonas selváticas de Colombia, Ecuador y Centroamérica.

El quechua, hablado en el Perú y propagado por los incas y misioneros españoles hacia las zonas andinas vecinas.

El aimara, que persiste aún en zonas de Bolivia y Perú.

El guaraní, hablado por los pobladores de las cuencas del Paraguay y Paraná, de gran vitalidad y emparentado con el tupí del Brasil.

El araucano, mapuche (o mapuθunu), refugiado en algunas provincias del sur de Chile y parte de la Pampa argentina (14).

Ya los propios Conquistadores españoles se encargaron de acoger y difundir -con las adaptaciones del caso a los moldes de la lengua materna- muchos términos indígenas, principalmente aquellos que hacían referencia a nuevas realidades, tales como la flora y la fauna, vida doméstica y labores del campo, aspectos sociales y religiosos.

El Nuevo Mundo era en verdad un mundo nuevo a los ojos del Conquistador. Y los primeros escritos sobre esta nueva realidad nos informan de las dificultades para captarla léxicamente. Colón, al referirse a los primeros indígenas que conoció, dice en su Diario que ellos "son de la color de los canarios" y el P. Las Casas -sin hacerse problemas- dice simplemente que "son de color indio". En las Crónicas de Indias abundan las descripciones comparativas y las denominaciones analógicas, es decir, la aplicación de nombres conocidos a referentes nuevos; pero también dan testimonio de la acogida de numerosos indigenismos.

Colón habla de peces "hechos como gallos" o como "puerco" y un animal tan extraño como la iguana es para Colón una "serpiente" o una "culebra". Las Casas habla con igual sorpresa de esta "sierpe" que "cuasi es de manera de cocodrilo o co-

mo un lagarto". Pero ya en el s. XVI se adoptó para este animal la denominación indígena iguana, palabra que, según los testimonios de la época, es de origen taíno.

El ave que actualmente conocemos con el nombre de pavo fue llamado por los Conquistadores gallina de la tierra. Sólo en una segunda etapa lo llamaron pavo y, cuando esto sucedió, el pavo europeo paso a llamarse pavo real. Los mejicanos conservan para la especie americana la denominación indígena quajolote, de origen náhuatl.

El tubérculo que hoy conocemos con el nombre papa, nombre de origen quechua, fue inicialmente llamado turma o criadilla de tierra. Pero también, en este caso, ya desde el s. XVI se generalizó en Hispanoamérica el nombre papa. En España, en cambio, perdura el nombre patata, palabra generada por un cruce entre papa y batata, de origen taíno. A su vez, el nombre batata se conserva en las Antillas para denominar una especie parecida -que los botánicos llaman 'Batata edulis'. En el resto del mundo hispanohablante (incluida España), el nombre de la 'Batata edulis' es camote, palabra también indígena, pero de origen náhuatl.

Para la especie vegetal que inicialmente llamaron pimienta de las Indias, ya en el s. XVI se adoptó el nombre taíno ají, palabra conocida hoy en todo el ámbito hispanohablante, salvo en México, donde ha perdurado el nahuatlismo chile.

El animal acuático que los Conquistadores llamaron cocodrilo o lagarto de agua, en una segunda etapa pasó a ser conocido con los nombres indígenas: caimán (del caribe) o yacaré (del guaraní). Todavía en 1526, cuando Fernández de Oviedo publica el Sumario de la Natural Historia de las Indias, este autor vacila en llamarlo cocodrilo y prefiere darle el nombre de dragón.

La especie que llamaron vaca marina, abundante en las aguas del Caribe, se conoce actualmente con el nombre indígena manatí, voz documentada ya en las Décadas del Nuevo Mundo (1515) de P. Mártir de Anglería y explicada por Fernández de Oviedo en su Historia general y natural de las Indias (1535). Los animales que llamaron inicialmente ovejas del Perú, fueron denominados luego por los mismos españoles con los nombres quechuas: guanacos, llamas y vicuñas, adopciones de las cuales dan testimonio los propios cronistas de mediados del siglo XVI (entre otros, Las Casas y Cieza de León).

A menudo se conservan en Hispanoamérica la denominación hispánica y el nombre indígena, que se ofrecen como posibilidades alternantes o como variantes usadas según las preferencias

regionales. Así sucede, por ejemplo, con los nombres león y puma, tigre y jaguar, avestruz y ñandú; gallinazo y zopilote, gato montés y ocelote; ratón y lauchas; almeja y taca; mejillón y choro; etc.

En otros casos, el repertorio léxico de los hispanoamericanos dispone de dos o más denominaciones indígenas para un mismo referente, nombres que también se ofrecen como posibilidades alternantes o como variantes usadas según las preferencias regionales. Un ejemplo claro es el que se refiere a los nombres de la 'Persea grattissima'. En los países de influencia quechua el nombre común es palta; en cambio, hasta donde ha llegado la influencia náhuatl el nombre de esta fruta es aguacate. Por eso, Martha Hildebrandt, en su libro sobre la lengua de Bolívar (15) ha llegado a hablar -desde un punto de vista lexicográfico- de una "América del aguacate" y una "América de la palta".

Otro ejemplo ilustrativo es el que se refiere a los nombres del 'maní'. La voz maní, del taíno antillano se difundió por gran parte de los países de América con los Conquistadores mismos y es común actualmente en las Antillas y Sudamérica. En cambio, en el área de influencia náhuatl, México y países vecinos, el nombre común de ese pequeño fruto es cacahuate -nombre que ha generado la variante cacahuete, forma usada actualmente en el español peninsular.

Así como hay indoamericanismos tan difundidos, como sus referentes mismos, que han enriquecido el léxico del español general, tales como maíz, tomate, cacao, chocolate, otros son familiares sólo en ciertos países o regiones de América.

En general, se puede decir que las formas lingüísticas se consagran o se rechazan según las necesidades comunicativas y expresivas de los hablantes. Algunas se generalizan y otras permanecen apegadas a pequeños núcleos de hablantes. El español, como toda lengua viva, participa de las fuerzas socioculturales e históricas que lo dinamizan. Como toda lengua, participa de factores niveladores y diversificadores. Estos últimos, al parecer, no son tan graves como se creía en el siglo XIX, con respecto al español hablado en América. Se veía entonces como inminente su fraccionamiento en varias lenguas.

Las relaciones culturales entre los países de habla hispana, el desarrollo de las comunicaciones, el ejercicio literario de aquí y allá son factores que indudablemente favorecen

la nivelación de la lengua. Pese a las diferencias nacionales o regionales, la lengua española -salvo en zonas fronterizas menores o de franco bilingüismo- sigue conservando su esencial unidad.

NOTAS

1. Mapa V de la obra de Canfield, La pronunciación del español en América, Bogotá, Inst. Caro y Cuervo, 1962.
2. Cfr. de R. Oroz, "El español de Chile", en pyFLE, I, 1964, pp. 93 - 109; La lengua castellana en Chile, Santiago, 1966 pp. 114 - 120.
3. Textos traducidos en El español en Chile, vol. VI de la BDH.
4. A. Rosenblat, El castellano de España y el castellano de América, Madrid, Taurus, 1970, p. 39.
5. R. Lapesa, Historia de la lengua española, Madrid, Escelicer, 7a. ed., 1968, p. 355. Cfr. R. Menéndez Pidal, "Sevilla frente a Madrid", en Hom. a André Martinet, III, La Laguna, 1962; R. Lapesa, "El andaluz y el español de América", en P y FLE, II, 1964, pp. 173 - 182.
6. B. Malmberg. La América hispanohablante, Madrid, Istmo, 2a. ed., 1971, p. 146.
7. J. Moreno de Alba, Unidad y variedad del español en América, México, UNAM, 1978, p. 37.
8. Malmberg, op. cit., pp. 191 - 192.
9. A. Zamora Vicente, Dialectología española, Madrid, Gredos, 2a. ed., 1967, pp. 423 - 429.
10. Rosenblat, op. cit., p. 54.
11. A. Alonso, "Americanismo en la forma interior del lenguaje", Est. Ling. Temas Hisp., pp. 119 - 127.
12. J. J. Montes y M. L. Rodríguez, El maíz en el habla y la cultura popular de Colombia, Bogotá, Inst. Caro y Cuervo, 1975.
13. A. Rosenblat, "Actual nivelación léxica en el mundo hispánico", Actas del IV Congreso de ALFAL (Lima - 1975), Lima - Perú, Univ. Nac. Mayor de San Marcos, 1978, pp. 86 - 146.
14. T. Buera Oliver, Indoamericanismos léxicos en español, Madrid, CSIC, 1965.
15. M. Hildebrandt, La lengua de Bolívar, I. Léxico, Univ. Central de Venezuela, 1961. p. 224.